



Pico de la Maliciosa

hoy tan lucidos;
tan dilatados,
tan florecidos.
Rasgan el centro
del lago breve,
que el agua forma de tanta nieve,
piedras informes,
toscas, enormes,
de fuertes bases, de gran altura,
que surgen dentro
del agua pura.”

También del Valle de la Fuenfría, Fernández Shaw hace una dedicación poética. ¿Dejó este gran autor de cantar algo que no tuviera la Sierra? Su recorrido es tan amplio, tan extenso y tan minucioso que no hay lugar, escondrijo o recoveco que no haya visitado. De La Fuenfría nos dejó estos versos:

“Cañada hermosa, “cañada
del puerto de La Fuenfría”,
que alegre estás, inundada
por la luz del mediodía.”

Y dejando, muy a pesar nuestro, a este gran trovador serrano que es Carlos Fernández Shaw, haremos una selección de composiciones que sobre la Sierra de Guadarrama han hecho varios autores.

Empezaremos por ese gran poeta contemporáneo que fué Antonio Machado, que la recuerda en estos versos:

“¿Eres tú, Guadarrama, viejo amigo,
la Sierra gris y blanca,
la Sierra de mis tardes madrileñas
que yo veía en el azul pintada?
Por tus barrancos hondos
y por tus cumbres agrias,
mil Guadarramas y mil soles vienen,
cabalgando conmigo, a tus entrañas.”

Ramón Basterra, excelente poeta y gran amante de todos los paisajes y la belleza que en ellos encuentra, también hace una dedicación poética a la Sierra madrileña de singular belleza:

“... mas, sobre todo, al fondo amo la línea adusta
de nuestra mole azul, nuestra mole robusta,
la ética cordillera, fuente de dinamismo,
que bajó al Guadarrama, arroyos de heroísmo,
temblor de espadas, voces de mando, los linajes
de águilas y las sangres que inflaron la entraña
oriental y semita del Sur azul de España.”

José Hierro la describe en su despertar, en los albores de la mañana:

¡Oh!, después Guadarrama, cielo
con honduras acumuladas.
Pinos, encinas, peñas: duro
corazón de granito.”

Nicasio Gallego hace una bella composición describiendo al Guadarrama en un momento tormentoso:

“Tal suele en Guadarrama
caliginosa tempestad formarse,
en seca tarde del ardiente estío.
Vése la parda nube desplegarse,
tendiendo el manto lóbrego y sombrío,
y en ráfagas sin fin de viva lumbre,
el rayo serpear, crujir el trueno,
hasta que, abierto el seno,
rompe sañuda en túrbidos raudales,
que piedras, troncos, mieses arrebatan
con ímpetu feroz...”

También Enrique de Mesa, que tantos poemas escribiera sobre los pueblos de la provincia madrileña, no podía faltar a su cita con la Sierra, y a ella le canta en un poético verso lleno de amor:

“Corazón, vete a la Sierra
y acompaña tu sentir
con el tranquilo latir
del corazón de la tierra.”

La fama de nuestra Sierra también llegó a traspasar las fronteras en la pluma de más de un escritor extranjero. Gautier, un poeta francés de finales del siglo pasado, compuso un bello poema dedicado a la Sierra madrileña:

“Hállanse en estos montes lagos de algunas toesas,
puros como cristales, azules cual turquesas,
joyeles desprendidos del áureo anillo aquel
que llevaba en su dedo el ángel Ituriel;
donde la cabra humilde, al beber, se imagina
que lame el cielo azul en su agua cristalina.

Estas límpidas cuencas, cuando copian la pura
luz del día en su líquida y diáfana llanura,
tienen claridad húmeda, cual la de la pupila,
y son ojos azules, de mirada tranquila,
con los que ven y admiran a Dios estas montañas,
forjando un sol radiante dentro de sus entrañas.”

Este bello poema que el autor francés hace de la Sierra de Guadarrama, es todo un símbolo de la grandeza que guarda entre sus montes y que tanto ha inspirado a los grandes autores contemporáneos.

Antonio Andión, ese gran poeta enamorado de la Sierra castellana, desaparecido en plena juventud, hace un canto a la cumbre de la montaña con esa elegancia propia que le caracteriza:

“Hasta el puerto he subido y a la cumbre he llegado,
de un regato la fresca corriente me regala,
del nevero la linfa de cristal que resbala
reptando entre sabinos bajo el sol amansado.

Cerca suena el cansado plañir de los cernceros,
cantando un boyerizo al pinar se ha acogido,
suben gentes serranas el sendero escondido,
montadas en sus rucios, seguidas de perros.”

Leopoldo Panero fué otro de los cantores del Guadarrama que ha profundizado en lo más hondo de la misma, con esa minuciosidad propia de los grandes poetas; he aquí su «Camino de Guadarrama»:

“Camino del Guadarrama,
nieve fina de febrero,
y a la orilla de la tarde,
el pino verde en el viento.
¡Nieve delgada del monte,

rodada en los ventisqueros;
mi amiga, mi dulce amiga,
te ve con sus ojos negros!

Te ve con sus ojos claros;
te ve como yo te veo,
camino del Guadarrama,
siempre tan cerca y tan lejos.

Camino del Guadarrama,
la flor azul de romero,
y en la penumbra del bosque
las aguas claras corriendo.

¡Las aguas claras un día
se volvieron turbias luego,
y el viento cortó los tallos
silenciosos del recuerdo!

Camino del Guadarrama,
camino largo del sueño,
entre el frescor de la nieve
te busco, mas no te encuentro.

El viento cortó los tallos
de la esperanza en silencio,
y van mis pies caminando
sin encontrar el sendero.

Camino de Guadarrama,
la triste altura del cielo,
y entre rumor de las hojas,
la soledad de mi pecho.

¡El viento cortó los tallos
y brota tu aroma dentro!
Camino de Guadarrama
tengo esta pena que tengo.”

La fina sensibilidad de Leopoldo Panero, su gran sentido de la poesía lírica y emocional, poesía en toda su diáfana pureza, lo manifiesta recitando o, por mejor decir, componiendo unos bellos versos al agua, como reflejo de su alma pura de poeta, y a la piedra, adonde les envía los latidos de su corazón sensitivo para que el eco los vaya transmitiendo a todos los lugares de la serranía:

“Tiembla el frío de los astros,
y el silencio de los montes
duerme sin fin. (Sólo el agua
de mi corazón se oye.)

Su dulce latir, ¡tan dentro!,
calladamente responde
a la soledad inmensa
de algo que late en la noche.

Somos tuyos, tuyos, tuyos,
somos, Señor, ese insomne
temblor del agua nocturna
que silencia, golpe a golpe,
la piedra del Guadarrama;
piedra y eco igual que entonces,
y agua en reposo que queda
más limpia después que corre.

¡Agua en reposo viviente
que vuelve a ser pura y joven
con una esperanza! (Sólo
en mi alma sonar se oye.)”

Terminaremos con la Sierra haciendo referencia, una vez más, al joven poeta Andión, que nos regala con dos bellas composiciones: la que dedica al torrente que baja desde lo alto de la cumbre todo tumultuoso, para posarse suave, tranquilo en los verdes prados, formando un hermoso conjunto pictórico:

“Aquel que no ha escalado del monte las alturas,
ni en su belleza agreste un momento ha vivido,



Puerto de Navacerrada. Albergue de la Organización Juvenil Española "Francisco Franco".

ni el vuelo de las águilas cerca de él ha sentido,
ni ensangrentó su mano entre las quebraduras,
no sabe de grandezas, ni del vivir gigante,
ni del paisaje inmenso, como el amor sublime,
el amor infinito que salva y que redime
cuando satura el ansia del corazón amante.
Allí el torrente brusco rugiendo va entre peñas
de libertad cantando la ruda sinfonía,
coronadas sus aguas de espumas zahareñas,
que abajo van calladas con suave melodía.
Allí saben a nieve, la linfa es pura y fría.
¡Sólo en la altura es grande cuando hierve entre breñas!"

He querido dejar para el final su adiós. Un adiós triste, melancólico, un adiós lleno de poesía, un adiós lleno de amor por todo aquello que le proporcionó el placer inmenso de sentirse POETA :

"Adiós, Sierra amiga,
mi amado refugio,
que fuiste poesía prestada a mis horas
como un suave arrullo.



Adiós, claras fuentes,
 las de tu espesura,
 que a mí pensar disteis cadencias y sones,
 salud y frescura.
 Finares sombríos,
 reposo y misterio,
 lenguaje bravío que a mí me decíais
 y tan hondo llevo.”

¡Cuánta poesía destilaba por toda su alma Antonio Andión! Sus rimas quedarán como un ejemplo de literatura lírica, sensitiva y emocional. Y qué razón tenía al decir que había que estar dentro de la Sierra para conocerla, sentirla y así poder amarla como él la amó.

EXCURSION LITERARIA POR LOS RIOS MADRILEÑOS

LOS RIOS MADRILEÑOS

La literatura también se ha ocupado de los ríos que bañan a la provincia de Madrid. De todos los que constan en la topografía o, mejor dicho, en la hidrología madrileña, solamente unos cuantos han merecido la atención de nuestros autores. Entre ellos, quizá el más destacado por las ilustres plumas haya sido el Manzanares. De él precisamente vamos a ocuparnos en primer lugar.

¿Dónde nace el Manzanares? ¿De dónde procede

Nueva perspectiva de la Sierra de Guadarrama, tomada ahora desde uno de los campamentos de la Organización Juvenil.

el nombre de Manzanares? Esto es algo en que todavía no se han puesto de acuerdo los escritores, y como cada uno da su versión, aquí se las respetamos y se las ofrecemos al lector para que haga asimismo sus conjeturas.

Castillo Solórzano nos emite su versión en una exposición alegre y simpática, explicando con singular gracia su genealogía:

«Se halló joven el eminente puerto de Guadarrama por el caluroso mes de julio, gracias al cuarto planeta que con la fuerza de sus fugaces rayos, mejor que con el tinte del aguafuerte, le quitó de su cabeza las blancas canas, dejándole con notable regocijo, así de verse mozo y frecuentado con visitas de pasajeros como de tener una nieta suya (hija legítima de la más firme peña de su distrito) libre del parto de un cristalino infante. En el hundoso regazo de la clara fuente estaba el juguetero chiquillo, tan semejante a ella en sus facciones, que no había entre los dos distinción alguna.»

Don Miguel de Unamuno, que habiendo escrito tantas obras dedicadas a los paisajes españoles, al venir a Madrid, quiso conocer los parajes de la provincia, y al contemplar el río Manzanares buscó su partida de nacimiento, y esta es la opinión suya con respecto a la procedencia del Manzanares:

«Con la visión todavía del Manzanares metropolitano y arterioesclerótico, fuese uno a buscar la mocedad del río pequeño y con ella la de Castilla la Nueva. Manzanares arriba hasta dar vista y pecho a La Pedriza, en la Sierra de Guadarrama.»

De forma que para don Miguel, el nacimiento del río Manzanares procede de La Pedriza, allí junto al pueblo de Manzanares. Al igual que a Castillo Solórzano, le respetamos a don Miguel su muy respetable opinión y continuamos con él, leyendo la descripción que hace de su tradición e historia de este popular y famoso río madrileño:

«Canta el agua del Manzanares naciente con acento castellano, latino, gótico y morisco, como el Fuero de Madrid. Canta en este paisaje castellano el agua que, entre sobrios y escuetos arbolillos, baja de los cascos de la Sierra de Guadarrama.

Así nos hablan La Pedriza de Guadarrama, los pedregales de la Sierra castellana, los castillos caballerescos, las serranillas de Manzanares, los balbucoos del Fuero del Concejo de Madrid; así nos hablan el paisaje y el lenguaje castellanos, naturales y nacionales.»

Y siguiendo el curso del río, se contempla en su itinerario, describiéndole en un canto de bella poesía:

«Y de ellos baja, suero de vida, el agua viva del río Manzanares por un campo escueto y sereno, aromoso de jara, tomillo y cantueso. El río naciente —y renaciente— que se remansa luego en el pantano de Santillana, para ofrecer espejo al cielo y, de soslayo, a La Pedriza, su madre. Y en este río pescaban bogas y barcos y samarugas y otros pescados, con mandil, «asedega» y manga, o haciendo tajadas y «boclaires» —azudes o presas—, los pescadores de fines del siglo XII.»

Del nombre de Manzanares que se dió al río tampoco existen datos concretos, pues si don Miguel de Unamuno, al exponer que la madre de él es La Pedriza, que se halla situada junto a Manzanares, es muy posible que por esa proximidad se le diera el nombre del pueblo y castillo del lugar. Pero Castillo Solórzano, con una singular gracia, se inventa una historia que, a igual que a don Miguel, la respetamos, aunque tiene menos de verdad que la expuesta por aquél. La historia del nombre del famoso río que nos proporciona Solórzano la exponemos aquí por la singular y simpática definición que hace:

«Con el ánimo que le dió a Guadarrama lo que le dijo el egipcio, determinó que su nieto saliese luego de la tutela de su madre, la cual lloró mucho su partida. Duda tuvo qué nombre le pondría para que por él fuese conocido, y después de haber pensado algunos, ya sonoros y ya significativos, se resolvió en que lo tomase de los apellidos de los dos gitanos (que profetizaron su vida), para honrarse con ellos mientras viviese, y así le llamó Mancia Henares. Este nombre conservó algún tiempo, mas después, corrupto, se llamó Manzanares, como se llama en los presentes siglos.»

Miguel de Unamuno, en su obra «La Dorotea», en una de sus escenas dice:

«¿Pensabas que era el Betis como nuestro Man-

zanares, río con mal de piedra, todo arenas, por quien dijo don Luis de Góngora, aquel famoso cordobés, que un jumento le orinó el invierno y otro se le bebió el verano?»

Lope de Vega no quiere crearse problemas y dice que el Manzanares nació en la montaña, ni más ni menos. Y analiza su curso en los siguientes versos:

“... aquella la montaña
de cuyas peñas altas y dispares
desciende perezoso Manzanares,
y de una en otra vega
en sí mismo navega,
hasta que besa el pie del edificio
del gran Phelipe espléndido solsticio.”

En «Rimas humanas» también lo describe como nacido de la Sierra, en unos sentimentales versos:

“Fugitivo cristal, el curso enfrena,
en tanto que te cuente mis pesares;
pero ¿cómo te digo que te pares,
sí llueve y creces por la blanda arena?
Ya de la Sierra, que de nieves llena
te da principio humilde, Manzanares,
por dar luz al que tiene tantos mares.”

Castillo Solórzano compone una estrofa, insistiendo en que el Manzanares nació en Guadarrama:

“Aquel cortesano río,
que Guadarrama en su cumbre
le dió cunas a su infancia
como Xarama ataúdes.”

En cambio, García de la Huerta indica que el río Manzanares debió de nacer en el Puerto de la Morcuera, muy cercano a La Pedriza, lugar que define Unamuno como su nacimiento:

“En las orillas del río
que del Morcuera descende,
a rendir tributo a Carlos (III)
en sus derretidas nieves.”

Pero donde los literatos y poetas más se ocupan del popular río es en la escasez del caudal de sus aguas. Lope de Vega es uno de los primeros autores que se ensaña con el pobre río Manzanares por esa misma pobreza de agua; en «La selva sin amor» le dedica los siguientes versos:

“Villano Manzanares, ¿desta suerte
se trata el hijo mío?
¿Quién arde el Océano
osa afrentar un río
que apenas en invierno tiene aumento?
En pago de tu loco atrevimiento.
esta flecha te envió,
que tu corriente seque el verano,
tanto, que por tu margen, siempre amena,
seas cadáver de abrasada arena;
verá tu centro el sol.”

¿Cómo iba a estar ausente el fraile mercedario Tirso de Molina? Se burla del pobre río en la siguiente estrofa:

“Manzanares soy tan pobre
que para pagar mi censo,
una mohatra de agua
de las fuentes tomar quiero,
y no hay quien me fíe
si no es el invierno.”

Francisco de Quevedo también pone su burla, satirizándole como es ya habitual en él:

“Llorando está Manzanares
al instante que lo digo,
por los ojos de su puente,
pocas hebras hilo a hilo.
cuando por ojos de agujas
pudiera enhebrar lo mismo,
como arroyo vergonzante,
vocablo sin ejercicio.
Más agua trae en un jarro
cualquier cuartillo de vino
de la taberna que lleva
con todo su armandijo.
Pide a la fuente del Angel,
como en el infierno el rico,
que con una gota de agua
a su rescoldo dé alivio.
No llueve, Dios, sobre cosa
suya, a lo que colijo,
pues que de calientes queman
las migas de su molino.
En verano es un guiñapo,
hecho pedazos y añicos,
y, con remiendo de arena,
arroyuelo capuchino.”

¡Pobre río Manzanares, cuántas burlas, cuántas chanzas has tenido que soportar debido a tu escaso caudal! Juan Ruiz de Alarcón le compara a los hidalgos de entonces en los versos siguientes:

“Con ser pobre Manzanares,
tan honrada su ribera,
que d'el dijo una señora,
cuyo saber he envidiado,
que es por lo pobre y honrado,
hidalgo de los de agora.”

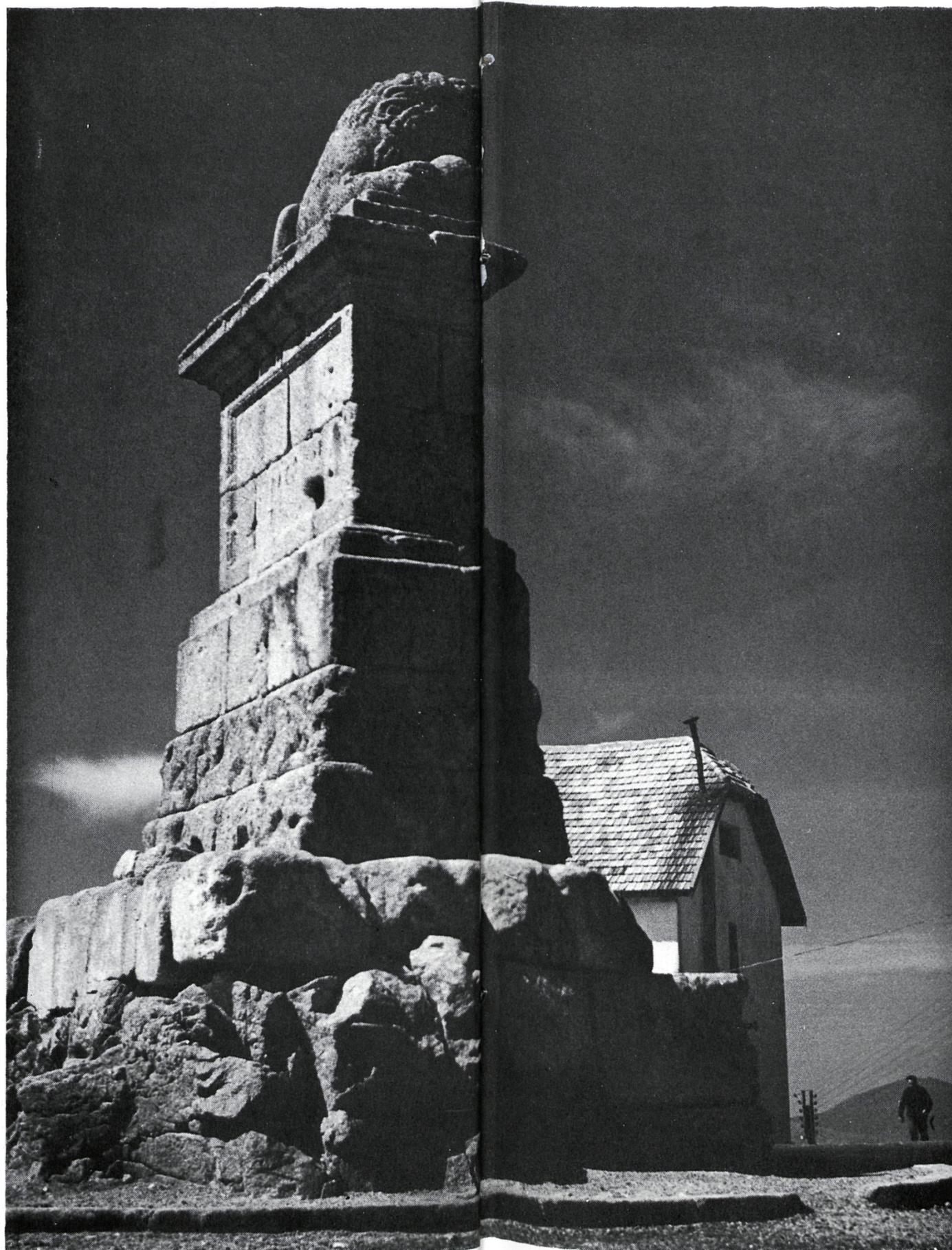
Quizá sea Castillo Solórzano el autor que más se ensañe con el pobre Manzanares, como lo demuestra en su poema «Jornadas alegres», donde lo ridiculiza hasta el máximo:

“Manzanares, vejete de entremeses,
con justillo, escarcela y capa rota,
no con igual salud todos los meses,
porque en los más padece mal de gota,
vuelto de arroyo en charco o lagunajo,
puede ser entre ríos espantajo.
Este que al Tajo y Duero causa risa,
queriendo competir con sus raudales,
quien jamás ha salido de pañales,
después que han perseguido sus riberas
gallegas lavanderas,
manchegas, asturianas, vizcaínas,
dejándole su carne en las espinas,
jurando, a fe de río,
que el título le da ocasión al brío,
su boda espera con alegres fiestas,
aunque le apuran de calor las siestas.”

Para finalizar con las sátiras y burlas que en el siglo XVII le hacían al Manzanares, haremos mención a esta cita de Zabaleta:

«Humedece este soto dividido en listas. Manzanares, poco más que si señalaran la tierra con el dedo mojado en saliva.»

Desde el siglo XVII, en que los autores de la época empezaron a burlarse del Manzanares, no han



dejado de hacerlo hasta nuestros días; no creo exista otro río que haya sido tan satirizado y tan cruelmente burlado; pero, al mismo tiempo, estas sátiras y burlas de los más destacados autores literarios ha servido para que nuestro pequeño río haya cogido fama y popularidad; una fama que, precisamente, se la han dado las mejores plumas de la literatura española.

Miguel de Unamuno, que investigó su nacimiento desde La Pedriza, lo describe, como si de un galeno se tratara, de forma decrépita, como si estuviera enfermo, y en metáfora propiamente facultativa dice:

«Hoy, en las orillas del Manzanares, ni espinos cubiertos de blancas flores, ni praderas goyescas, ni guindos, ni perales, ni apenas verdes enramadas. Corre el pobre arroyo, aprendiz de río, abrazando a algunos pequeños alfaques, reliquias de su libertad infantil, ceñida su vaguada por malecones y cinchado su lecho por taludes de cemento, pobre arteria esclerótica de riachuelo enfermo de decrepitud.»

Ciro Bayo, que con tanto realismo ha descrito a los pueblos de la provincia de Madrid, también pone su óbolo literario en describir a este «aprendiz de río», como lo califica Unamuno, en un sentimiento nostálgico al ver la pobreza del mismo:

«El pobre Manzanares empezaba a vestir de verano sus héticas riberas. ¿Quién diría que sus orillas estuvieron pobladas tiempos atrás de frondosas alamedas, amenos sotos y praderas, plácidas huertas y misteriosos retiros, donde el alegre pueblo de la Villa celebraba romerías, verbenas y fiestas nocturnas, a las que acudían en tropel desde el último vasallo hasta el mismo Monarca, acompañado de los más encopetados señores y de las más hermosas damas de su Corte en lujosas carrozas? De todos estos primorosos encantos de la vega del exhausto Manzanares apenas queda algún ligero vestigio o dos o tres ermitas, el soto de «Migascalientes», hoy vivero municipal; «La Florida», la «Fuente de la Teja» y, hacia este lado, la «Pradera del Corregidor».

Pérez Galdós diría, en «Fisonomías sociales», del Manzanares:

«Manzanares (del cual se dice que en verano hay que regarlo para que no levante polvo)...»

Y Sánchez Ferlosio, en su obra «El Jarama», también se mofa de él diciendo:

«Vaya un Manzanares más ridículo, que parece una palangana, con esa agua tan marrana que trae, que es la vergüenza de un Madrid.»

Todos los literatos coinciden en sus relatos en describir al Manzanares como la significación de la pequeñez.

La construcción de los dos puentes, que unieran las dos orillas del Manzanares, fué motivo más que suficiente para que los poetas de la época arremetieran con más saña en sus burlas, mofas con el ya más que sufrido río. Luis de Góngora fué uno de

El Alto del León —uniendo las dos Castillas— y ahora, después de la gesta, el Alto de los Leones de Castilla.

los poetas que con más dureza se ensañó con el mismo, burlándose de los puentes y del escaso caudal de su agua :

“Duélete de esa puente, Manzanares;
mira que dice por ahí la gente
que no eres río para media puente,
y que ella es puente para muchos mares.
Hoy, arrogante, te ha brotado a pares
húmedas crestas tu soberbia frente,
y ayer me dijo humilde tu corriente
que eran en marzo los caniculares.
Por el alma de aquel que ha pretendido
con cuatro onzas de agua de chicoria
purgar la Villa y darte lo purgado,
me di cómo has menguado y has crecido.
¿Cómo ayer te vi en pena y hoy en gloria?
Bebíome un asno ayer y hoy me ha meado.”

Tirso de Molina también hace alusión al puente de Segovia en unos irónicos versos :

“... ya que nos traen tus pesares
a que desta insigne puente
veas la humilde corriente
del enano Manzanares,
que por arenales rojos
corre, y se debe correr,
que en tal puente venga a ser
lágrimas de tantos ojos.”

El mismo fraile de la Merced compone un romance en donde satiriza el puente y la poca corriente de agua que lleva el río :

“Por esta puente del anillo
passé un disanto, en efecto,
aunque pudiera a pie enjuto
vadear su mar Bermejo.
Reíme de ver su río,
y sobre los antepechos
de su puente titular
no sé si le dixeste aquesto:
“No os corráys, el Mançanares;
mas ¿cómo podréys correrros,
si llegáis tan despeado
y de gota andáys enfermo?
Según arena criáys,
y estáys ya caduco y viejo,
moriréis de mal de orina
como no os remedie el cielo.”

Más adelante y en el mismo poema Tirso de Molina le increpa sus aspiraciones de grandeza :

“Pero dexando las burlas,
hablemos un rato en sesso,
si no ya que os tienen loco
sequedades del cerebro:
¿Cómo, dezid, Mançanares,
tan poco medrado os vemos,
pretendiente en esta Corte
y en Palacio lisongero?
Un siglo y más ha que andáys
hipócrita y macilento,
saliendo al passo a los Reyes
que tienen gusto de veos.”

Continúa Fray Gabriel Téllez burlándose del río, y al echarle en cara su ambición le hace ver asimismo su cobardía e hipocresía :

“Filipo os quiso hacer grande
después de haveros cubierto
delante dél con la puente,
y él mismo os puso el sombrero.
Pedidle al Cuarto mercedes,
que otros han servido menos
y gozan ya más estados
que cuatro poços manchegos.
No soy (direys) ambicioso;
mas a fee, aunque os lo confieso,
que andáys siempre murmurando
por más que os llamen risueño.
¡Animo, cobarde río,
quebrantad vuestro destierro,
y pues rondáys a Palacio,
entraos una noche dentro!”

Para terminar con todo lo que se ha escrito sobre el río Manzanares, quisiera hacerlo de forma feliz, para poder desagrarle de tantas burlas, críticas y dura crueldad con que ha sido tratado por nuestros autores. Para ello recojo un poema de Fray Diego Tadeo González, en el que canta la grandeza del que fué considerado humilde río :

“El río, que yacía confundido
con la menuda arena, de repente
se incorporó en figura sobrehumana
y apareció vestido
de túnica sutil y transparente,
venerable su faz y soberana
la barba luenga y cana
y el cabello rizado,
de espadañas cercado,
mostraba en la estatura y gentileza
que era propia de un dios tanta grandeza.”

Asimismo García de la Huerta hace una bella composición en honor del río y los describe como a un glorioso rey triunfante :

“En un profundo remanso
que acaso o pródicamente
cavaron del rudo invierno
las avenidas perennes;
sobre el vegetable trono
que forma un flotante césped,
carro triunfal de las aguas,
si no le arrastran, le mecen;
se ostenta el anciano río,
apoyado en urna breve,
de cuyo seno el raudal
de fluvial linfa procede.
Undantes barba y cabello,
espalda y pecho humedecen,
y en fe de ser Manzanares,
ciñe diadema sus sienes.
Juncos, mimbres y espadañas,
enlazados diestramente
(obra de sus ninfas bellas,
natural dosel tejen...”

Miguel García Asensio describe poéticamente al río Manzanares y a sus riberas, rodeándolo de ninfas lujosamente ataviadas y de bellas pastoras que lo engalanan :

“El Padre Manzanares, cuya frente
líquida mancillaban
turbiones porfiados
del pardo Guadarrama despeñados